

Nada.

En su vida no estaba pasando nada.

Todos sus días estaban llenos del mismo ciclo aburrido al que se había aprendido a acostumbrar. Pero no por eso le gustaba pasar su vida así.

Se levantaba, revisaba el celular, estudiaba, revisaba el celular de nuevo, comía, miraba por la ventana, extrañaba a sus padres, comía de vuelta y se iba a dormir. La vida dentro de ese pequeño departamento se había vuelto monótona y gris en cuestión de pocos días. Ella ya no se acordaba de cómo había vivido antes de su encierro. Esas cuatro paredes que la rodeaban eran lo único que ella podía reconocer; a veces, hasta su propio rostro se le hacía desconocido. No se acordaba de la voz de su papá, ni de la comida de su mamá. Parecía que esas paredes fueran parásitos que se fueron comiendo sus recuerdos como almuerzo, merienda y cena.

Pero en su vida no había nada mal. Cada vez que se sentía decaída, o cuando pensaba que estaba triste, se autorecordaba que al menos ella estaba sana, que tampoco tenía que salir de su casa como otras personas que tenían que ir a trabajar. Ella estaba segura en su departamento. ¿Lo estaba realmente? Sí, con seguridad, lo estaba.

Sin embargo, algunas noches sus pensamientos se volvían más fuertes que una sirena y no la dejaban dormir. Pensaba en su mamá, que debía estar tan triste como ella. Pensaba en su papá, que debía estar pasándola mal en el trabajo que nunca le gustó. Pensaba en ella y en cómo cada día se levantaba con menos energía. Pensaba en que todavía le faltaba estudiar para dos materias, y se ponía a hacer cálculos para ver si alcanzaba a estudiar todo al día siguiente. Pero no había necesidad de preocuparse: ella tenía todo el tiempo del mundo.

Porque ella nunca hacía nada.

Excepto mirar por la ventana. Le gustaba observar a las personas que pasaban por el frente de su departamento e inventarse historias sobre cómo serían sus vidas. Una señora pasaba todos los viernes a la mañana; se la veía apurada, y ella se preguntaba si la mujer no tendría problemas al respirar mientras usaba su barbijo. Muchas veces veía pasar a un enfermero que vestía su ambo celeste, y que iba mirando el celular. “¿No se lo irán a robar?”, se preguntaba ella, pero él siempre aparecía con el mismo teléfono. También eran visitantes recurrentes de su calle una mamá con su hija chiquita. La nena parecía tranquila, como si no supiera lo que estaba pasando en el mundo. Ella la envidiaba: tal vez era porque estaba en su niñez todavía, pero ella también quería salir a la calle tranquila. El problema era que ella no salía a la calle. Siempre se quedaba dentro de su palacio de cuatro paredes. Le asustaba la calle. Había momentos en donde ella pensaba en que antes no le tenía miedo a la calle, pero ahora le daba pánico pensar en simplemente salir de su departamento.

Pero igual a ella no le pasaba nada. Estaba bien, o eso suponía.

Había momentos donde se quedaba quieta por un largo rato, pensando en qué quería hacer ese día. Siempre terminaba haciendo lo mismo, y al día siguiente le pasaba lo mismo, y al siguiente lo mismo, y al siguiente lo mismo. Su vida era un círculo. Dicen que los círculos son divertidos, pero el suyo era uno vicioso.

En ciertas ocasiones, esos minutos de pensamientos se tornaban en momentos llenos de preguntas. “¿Por qué me da miedo la calle?, ¿por qué me preocupo tanto por todo?” Reproches, más que preguntas. Le daba miedo la calle por los ladrones, y por lo que se movía en el aire, y si salís a la calle te vas a enfermar. Ella se repetía que estaba bien no salir, pero una parte de su cerebro le gritaba que dejara de ser tan miedosa. Y ese grito solo le causaba más miedo aún.

Y aunque tuviera miedos irracionales, aunque en ciertos momentos se quedara sin aire por el estrés, aunque a veces no pudiera dormir a pesar del sueño, aunque se sentía sofocada por sus cuatro paredes... Ella estaba bien. No tenía nada por qué quejarse. Tenía una casa, comida, luz, agua, a ella misma.

Pero hasta su propia compañía la irritaba. Podía cometer el error más pequeño, y aun así se enojaría consigo misma por días, sin entender cómo podía ser tan tonta. Así que, para evitar los errores, siempre se mantenía ocupada. Estudiaba, limpiaba su castillo a pesar de que ella fuera la reina, miraba por la ventana; hacía un millón de cosas. Pero cuando se iba a dormir, todavía sentía que había desperdiciado otro día. Sentía que no había hecho nada.

Porque ella era la reina de la nada.

Nunca hacía nada; nunca le pasaba nada; nunca sentía nada. Ella era la nada.

Sin embargo, todavía le tenía miedo a la calle, y la calle existía, no era la nada. Todavía extrañaba a sus papás, y ellos existían, no habían sido una ilusión de la nada. Ella todavía tenía esa pequeña molestia en el pecho, que también viajaba hasta su mente; ese dolor, que le decía que ella no estaba bien. Que estaba mal. Que no era que nada le estaba pasando, sino que le estaban pasando muchas cosas a la vez.

Pero, como las sirenas de su cabeza, ella lograba calmar el dolor después de un rato. Siempre volvía, pero era reconfortante que desapareciera por un tiempo. Pero tampoco podía disfrutar del tiempo que pasaba sin el dolor, ya que siempre estaba nerviosa por su regreso. Porque siempre volvía, y volvía más fuerte que antes.

Le dijeron que era su sentido común, que era su mente pidiéndole un descanso. Pero ella no les creyó: solamente ella conocía su propia mente. ¿Cómo podían decirle extraños qué era lo que su mente le pedía?

El dolor volvía de vez en cuando. Ella, sin embargo, lo tragaba como una pastilla y lo mandaba al fondo de su estómago, donde podía ignorarlo hasta que se fuera por completo. Porque ella estaba bien. Estaba segura de que estaba bien, aunque a veces tuviera que convencerse de ello.

Al fin y al cabo, en su vida nunca había pasado nada.

- Ornella.